

054. Una comunidad de amor

Al querer hablar hoy de la familia como comunidad de vida, se me ocurre lo que un día oí a un alto jefe militar. Presumía de muy valiente, pero, decía él: *En una cosa soy cobarde: yo no subo al avión ni como hongos si no es con toda mi familia; yo no quiero dejar ni viuda ni huérfanos. Así como vivimos juntos, juntos habríamos de morir, lo mismo por un accidente de avión que por comer hongos venenosos...*

Vamos a dejar al militar en su razonamiento tan curioso, pero nos vamos a quedar con una idea que sí vale la pena, es decir, la unión familiar ha de llegar a tanto, que ni la muerte la pueda romper, pues para todos sus miembros queremos la misma suerte: juntos en vida, y juntos hasta el fin.

Una dicha semejante sólo se consigue cuando la familia es esto: *una comunidad de amor*, de la cual está excluido del todo el egoísmo, porque todas las cosas son de todos y porque todos sus miembros van a la una para conseguir los fines a que se ordena la institución familiar.

San Pablo, hablando de la comunidad reunida en Iglesia, les pedía a los primeros discípulos: *Dadme plena alegría de tener los mismos sentimientos, compartiendo un mismo amor, viviendo en armonía y sintiendo lo mismo* (Filip.2,2)

Si eso pedía el Apóstol a toda la Iglesia, ¿con cuánta más razón no lo pediría a cada una de las familias, que forman lo que hoy hemos dado en llamar, tan felizmente, la *iglesia doméstica*?... En esta iglesia pequeña manda, como en la Iglesia grande, el mismo Jesucristo, y donde está Jesucristo no puede haber más que unión y nunca disgregación de fuerzas y sentimientos.

Cuando se quiere formar comunidad, lo primero que se nos ocurre es pensar en la *solidaridad* de todos sus miembros, es decir, todos han de conspirar unidos por conseguir los mismos objetivos, los mismos fines, los mismos ideales.

En la familia pasa igual y con mucha más razón, pues no hay comunidad humana que esté formada por la misma sangre como lo está la familia. Somos uno, porque la misma sangre circula por las venas de todos.

Después, la comunidad familiar exige la *ayuda mutua*. Y más también que ninguna otra comunidad. La razón de ser de una comunidad es la ayuda recíproca que se pueden prestar sus miembros para conseguir idénticos objetivos. Saben todos ellos que sin la ayuda de otros no van a poder realizar su ideal en la vida, o lo van a conseguir con más dificultad. Entonces se unen en comunidad, porque con la mutua ayuda todo va a ser mucho más fácil.

En la familia se realiza esta ayuda como por instinto. Es imposible ver a uno de los miembros necesitado y no estar todos los demás volcados para resolver cualquier situación difícil.

La comunidad familiar exige —y es una razón que se cae por su propio peso— *el amor* más grande en todos. La unión es inconcebible sin amor. Los esposos se aman como una sola carne. Los padres no viven sino por los hijos. Y los hermanos forman un lazo irrompible. Sólo de esta manera puede constituirse la familia como una comunidad y desarrollar la vida propia de cualquier comunidad humana.

Dios —que es amor y vive en el seno de su Trinidad como comunidad de amor— ha hecho así a la familia. Y cuando la familia vive unida en el amor, forma una comunidad que es un reflejo viviente de la comunidad formada por las Tres Divinas Personas.

Al hablar así, parece que nos elevamos mucho y que ponemos demasiado alto el ideal de la familia. Es cierto. Pero esto ocurre con todo ideal. O se apunta bien alto, o no entusiasma. Sin embargo, podemos llegar a esas alturas si sabemos poner unas condiciones o vivir unos sentimientos —llamémoslo como queramos— que resultan eficaces sin más.

Empecemos por tener *fe en la unión*. Si vemos a nuestro alrededor familias que se desintegran, las compadecemos y les prestamos la ayuda que podemos. Pero no caemos en la tentación de precipitarnos en un abismo semejante. Mientras nosotros nos mantenemos unidos, sabemos que nadie podrá arrancar de nuestro hogar la felicidad más pura.

Esa fe en la unión la hacemos patente en la *entrega mutua* que nos hacemos los unos a los otros. En la familia tiene muy poca cabida el YO, pues lo que anima nuestra acción entera es el NOSOTROS. Al egoísmo lo queremos bien lejos. En las alegrías y en las penas, en los éxitos como en los fracasos, todo es de todos y nadie dice: *esto es mío*, porque sabe que es igualmente de los demás.

Y decimos al final lo que debería haber sido lo primero de todo. Como somos personas de fe, y en nuestro hogar está metido Jesucristo, la *oración* en familia ocupa el lugar que se merece y le corresponde. Durante muchos años se predicó y se repitió en todo el mundo un eslogan que hizo fortuna: *Familia que reza unida permanece unida*. Se decía del Rosario en particular. Pero nosotros lo extendemos a toda forma de oración dentro de la familia, y muy en especial a la oración en la Misa dominical. Si Dios entrelaza los corazones, esos corazones no se desunen jamás.

Cuando así vivimos dentro de nuestra casa —rica o pobre, lujosa o humilde, tanto da— la vida familiar, constituyendo una comunidad de amor, los avatares de la vida podrán traer separaciones físicas dolorosas. Pero nunca los corazones comerán un majar venenoso que los mate, ni ocurrirán accidentes tan graves como la caída de un avión... Sobre todos los problemas de la vida, estará siempre la protección de Dios, que al ver constituida la familia tal como Él la ha querido, derramará sobre ella, con abundancia inusitada, sus mejores bendiciones...